

I.
PEDRO EL INTEGRO.

No os diré precisamente, porque no lo sé bien yo mismo, qué clase de cargo había ocupado en vida. Siempre había sido un hombre público. Ministro, magistrado, diputado, alcalde ó juez, cosa equivalente; había tenido en cierto modo entre sus manos la suerte de gran número de sus semejantes. Y como era justo por naturaleza, se había propuesto pesar en la balanza de la justicia cada una de sus decisiones. La voz general le dió el bonito sobrenombre de *Pedro el íntegro*; sobrenombre de que estaba tan orgulloso como de un título de nobleza, que á todo trance quería conservar.

Desde que le llamaron así, se preocupaba más que otras veces, no solamente de ser honrado siempre en todos sus actos de hombre público, sino aún en todas partes para evitar que hubiera podido ponerse en duda su honradez, porque pensaba con razón que no se trataba solamente de su honor, sino aún del buen ejemplo en una época en que los principios de honradez y de justicia estaban tan fuera de moda.

No era á él por ejemplo, á quien sus amigos debían dirigirse para obtener algún favor. En el ejercicio de sus funciones, no había amigos para él. Me engaño: los amigos aún existían, pero cambiaban de indole; se trasformaban á sus ojos casi en enemigos, puesto que no podía hacerles justicia sin exponerse á la sospecha. Por la razón contraria, sus enemigos le parecían casi amigos, puesto que le proporcionaban la ocasión de probar, concediéndoles alguna gracia, su gran imparcialidad.

Las gentes más honradas tienen sus debilidades, y los mayores Santos sus tentaciones: el temor de parecer parcial, teniendo en cuenta los títulos de amistad,

constituían la tentación de *Pedro el integro*, que no era aún un santo, y el deseo de mostrar cuando podía, preferencia favorable á un adversario, era la debilidad secreta del más honrado de los hombres públicos.

Pero tentaciones y debilidades no cierran la puerta del cielo. Esto se decía nuestro amigo Pedro, cuando, pasando de la vida á la muerte, se presentó ante el tribunal de Dios.

Concibió del mismo modo la gran esperanza de entrar directamente en el Paraíso, cuando encontró, sentado en el sitio del Juez Soberano, ante quien todos los hombres son iguales, al bienaventurado San Pedro, su patron.

Esta dulce esperanza se cambió casi en realidad al verse interpelar así: ola! buenos días, mi ahijado Pedro. Estoy muy contento de verte. Tu has seguido el buen camino, á lo que parece.

—Me he aplicado, mi bienaventurado patron, respondió *Pedro el integro*, y observo con placer por vuestro recibimiento que no estoy descarriado.

—Si, si, mi querido ahijado, contestó el Santo, has seguido el buen camino: lo que

en tu estado no se vé apénas. Por eso en lugar de ir á quemarte durante toda la eternidad, como muchos de tus compañeros, no irás más que por cien años á meditar en el purgatorio sobre las obligaciones de los que deben hacer justicia.

—¡Cómo, mi buen patrono, dijo nuestro hombre aterrado, al purgatorio durante cien años para meditar sobre las obligaciones de los que deben hacer justicia!... Pues desde que tengo uso de razon no he pensado en otra cosa.

—Entónces, mi querido ahijado, contestó el Santo, no has aprovechado bien tus reflexiones.

—¿Pero, mi bienaventurado patrono, insistió el otro, no sabeis, no habeis oido decir como se me llamaba en la tierra?

—Sí, *Pedro el íntegro*, ya lo sé, pero eso no prueba mas que una cosa: es que los hombres juzgan mal.

—Sin embargo, gran San Pedro, yo...

—¿Yo, qué? interrumpió el Santo. ¿Tendrás la pretension de haber sido siempre justo?

—No he tenido jamás que reprocharme, dijo *Pedro el íntegro*, de haber demostrado parcialidad hácia mis amigos.

—Y por eso no dire, contestó el Santo, que has sido injusto como los otros que favorecieron á sus amigos; tu has hecho lo contrario, has favorecido á tus enemigos.

—Yo os juro, San Pedro, que nunca he sacrificado los derechos de los unos á las pretensiones mal fundadas de los otros.

—No, cuando los derechos de los primeros eran ciertos y los de los segundos dudosos. Pero cuando los derechos parecian iguales, te inclinabas por sistema al lado del enemigo. Esto pasaba á los ojos de muchos por rara virtud. Pero no por eso dejaba de ser una injusticia.

—¡Ah! habeis de considerar, San Pedro, que tenia, para obrar de esa manera, buenas razones. Pensad que sienpre he sido un hijo fiel de la Iglesia. ¿Qué hubieran dicho los incrédulos, de nuestra Santa Religion y de mi, su indigno representante en el cargo que ocupaba, si hubieran podido sospechar que sacrificaba la justicia á mis amistades?

—Jamás está permitido hacer el mal mas pequeño áun en perspectiva de un gran bien, contestó San Pedro; pero como en difinitiva no han sido muy graves tus

injusticias, quizás me será posible, en consideracion al celo religioso que parece haberlas guiado, mostrarme un poco indulgente contigo. Y aún querria más. Pero tus razonamientos me lo impiden. ¿Qué dirian, en efecto, los enemigos de nuestra Santa Religion? Ve, ahí, dirian, el jefe de la Iglesia, el gran Santo encargado de atar y desatar, que abusa de las llaves que le han sido confiadas, introduciendo en el Paraiso un pecador que no ha pagado todas sus deudas. ¿Y por qué? ¿Por misericordia? No; sino porque es el padrino de ese pecador, porque este favorecido se llama Pedro como él. Ya ves mi querido ahijado, comprendo tan bien tus razones, que, en interés de la causa Sagrada debo reservar la indulgencia para cualquier otro pecador, Juan, Pablo ó Santiago, y hacerte tostar un poco.

Así fué dicho, y así fué hecho. Y el *integro Pedro* permaneció en el Purgatorio, hasta que el fuego le purificó de tal modo, que al salir de él, era imposible sospechar que su padrino le había concedido la menor gracia.

injusticias, quizás me será posible, en consideracion al celo religioso que parece haberlas guiado, mostrarme un poco indulgente contigo. Y aún querria más. Pero tus razonamientos me lo impiden. ¿Qué dirian, en efecto, los enemigos de nuestra Santa Religion? Ve, ahí, dirian, el jefe de la Iglesia, el gran Santo encargado de atar y desatar, que abusa de las llaves que le han sido confiadas, introduciendo en el Paraiso un pecador que no ha pagado todas sus deudas. Y por qué? Por misericordia? No; sino porque es el padrino de ese pecador, porque este favorecido se llama Pedro como él. Ya ves mi querido ahijado, comprendo tan bien tus razones, que, en interés de la causa Sagrada debo reservar la indulgencia para cualquier otro pecador, Juan, Pablo ó Santiago, y hacerte tostar un poco.

LAS TRES ALMAS.

Tres almas se presentaron reunidas para ser juzgadas ante el tribunal donde San Pedro se sentaba en el lugar de Dios.

Despues de haber consultado el libro donde están inscritas las buenas y malas acciones, el santo dijo á la una.

—Puedes ir derecha al cielo.

A la segunda:

—Pasa tú al purgatorio.

Y á la tercera:

—¡Desgraciada! (y la señalaba el abismo) ¡Desgraciada! ¡Eh ahí tu destino!

La primera alma, como se comprende, no tenía ninguna cosa que reclamar del juez.

—Pero las otras dos, protestaron contra la severidad de la sentencia.

—La segunda, reclamaba diciendo que tenía tanto derecho como la primera para ir directamente al Paraiso.

—La tercera, pretendía que podía ser todo lo más, condenada á sufrir, como la segunda, la pena del purgatorio.

—No quisiera más que contentaros, dijo San Pedro, pero eso no depende de mí.

—Porque no quereis, dijo la una.

—Porque no puedo, contestó el Santo.

—Sois vos sin embargo, replicó la otra, quien concede ó niega la absolucion de los pecados y quien tiene las llaves del Paraiso.

—Yo no concedo ni niego la absolucion de los pecados ni me sirvo de mis llaves á mi gusto, dijo San Pedro; sino segun las instrucciones que me han sido dadas por Dios. Lo siento mucho por vosotras, pero no puedo reformar mi juicio.

—Ah! dijo la segunda. ¡Dios que es tan bueno, será más misericordioso que vos!

—Seria más justo, exclamó la tercera.

—Puesto que insistís, dijo San Pedro, no quiero mezclarme en vuestros asuntos. Arregláros las vosotras mismas como

podais. Vais á salir de aqui, á encontraros á la entrada del otro mundo. Por encima de vosotras estará el cielo, bajo vuestros piés el infierno, y entre el cielo y el infierno el purgatorio. Despues que habeis franqueado el umbral de la puerta, seréis libres para tomar el camino que os convenga más.

Habiendo hablado de esta manera las hizo salir, cerró la puerta trás ellas, y las tres almas se encontraron en presencia del mundo desconocido.

Encima, delante y debajo de ellas, se estendia el espacio infinito; aqui radiante, allá, gris y sombrío; más allá, negro como la tinta ó la pez.

Impaciente y confiada, la primer alma se lanzó y mil veces más rápida que el águila, la flecha y el pensamiento, se elevó y desapareció en las alturas brillantes del cielo.

Animadas por su ejemplo, las otras dos almas á su vez se lanzaron al espacio. Pero apénas habian abandonado el umbral, cuando una de ellas, lanzando un gran grito, grito de espanto y horror, cayó y se hundió como una masa de plomo en el abismo abierto y negro.

En cuanto á la otra, quedó suspendida entre el cielo y el infierno, agitando penosamente sus alas en un aire sofocante y pesado, tratando en vano de subir, agotándose en esfuerzos para no descender, y lanzando en su aflicción gemidos y gritos desgarradores.

San Pedro le oyó y tuvo misericordia. Volvió á abrir la puerta.

¡Ah! buen San Pedro, dijo el alma afligida, cuando apercibió al Santo, olvidad mis palabras de ántes y venid á mi socorro. En el nombre de Dios, sacadme de aquí.

—No puedo, respondió el Santo, sacaros de donde estais, como tampoco podía ántes dispensaros que fuérais, porque estais en el purgatorio á donde no queriais ir, y os habeis trasportado vos misma, lo que prueba que mi sentencia era justa.

—¡Ah! buen San Pedro, dijo el alma doliente, Dios me libre de contradeciros, pero creed que no es por mi gusto por lo que he venido aquí.

—Estoy persuadido, dijo el bienaventurado. Habeis venido porque no podeis ir á otra parte.

—Sí, dijo, porque mis alas no se encuen-

tran bastante fuertes para llevarme derecha arriba.

—Eso es lo que yo quiero decir, respondió el Santo.

—¿Pero es culpa mia? dijo ella, con un aire afligido.

—No es á la verdad la mia ni la de Dios, contestó San Pedro; uniéndose á un cuerpo, os habia dado, como á las dos almas que estaban con vos hace poco, alas pequeñas y débiles, es verdad, pero susceptibles de engrandecerse y fortificarse, y, de todos modos, suficientes, si no os hubiérais cargado con el peso del pecado, para trasportaros derechas al cielo. El alma que habeis visto subir hace poco, habia, durante su cautividad, desenvuelto y fortificado las suyas con el ejercicio de las virtudes y por la oracion, que son grandes adelantos hácia la patria celeste, y cuando sus ligaduras se han roto, libre del peso del pecado, se ha elevado sin esfuerzos hasta el seno de Dios.

Del mismo modo que un globo cautivo, al que se da la libertad, ella no podía menos de subir.

—¡Dichosa ella! dijo el alma doliente.

—Pero la otra alma, continuó el Santo,

aquella que habeis visto sumergirse, no habia obrado así. Durante su residencia en la tierra, ni ejercicios de virtud, ni aspiraciones hacia el cielo habian desenvuelto sus alas; las habia dejado por el contrario, debilitarse y paralizarse, y al mismo tiempo se cargaba con el peso de los crímenes. Su mismo peso la ha precipitado. No podia ser de otra suerte.

—¡Desgraciada de ella! dijo el alma doliente.

—Méno dichosa que la primera, méno desgraciada que la segunda, prosiguió el Santo, os habeis condenado vos misma á flotar suspendida entre el infierno y el cielo. Aspirando á lo alto por el ardiente deseo que os abrasa, retenida abajo por vuestra debilidad, así habeis estado sobre la tierra y así estais ahora. Vuestras alas bastante fuertes para impedir os descender, son demasiado débiles, en apariencia, para permitir os subir.

—¡Ay! ¡Ay de mí! dijo el alma doliente.

—Ellas se agitan en el vacío, replicó, y vos os asustábais ante la idea que acabarán por cansarse. No será así; lo que causó vuestra fatiga, asegura vuestra salvacion.

—¡Ah, que Dios lo quiera! dijo el alma.

—Lo quiere, continuó San Pedro, y en vuestro mismo castigo veis un efecto de su bondad. Puesto que no es el peso del crimen, felizmente, el que os tiene alejada de él.

—Tengo miedo, dijo el alma.

—No es el peso del crimen, replicó el Santo, pues de lo contrario no estarias aqui. El polvo de las afecciones terrestres es el que hace más pesadas vuestras alas, largo tiempo dejadas sin actividad. Ese polvo que impide vuestro vuelo, Dios os obliga á sacudirlo; cada sacudida del ala hace caer un poco, y os aproxima lentamente á él.

—Bien lentamente, ¡ay! dijo el alma.

—Pero infaliblemente, dijo San Pedro. Sin duda débil y cargada como estais, no os será posible subir hacia él directamente. Os será preciso seguir una via oblicua, hacer círculos que alargarán vuestro camino; ¿pero qué importa la longitud del camino, cuando el fin que se espera es Dios?

—¡El fin logrado, si, dijo el alma; pero el fin que hay que esperar, es muy diferente!....

Dió un gemido doloroso, y sacudiendo en su vuelo lo pesado del polvo de sus alas, se elevó, lentamente al principio, muy lentamente, despues un poco más deprisa, despues con más velocidad aún, describiendo en el espacio infinito una inmensa espiral cuyas curvas innumerables iban estrechándose cada vez más. Ahora, hace siglos que sube: sus alas casi enteramente desembarazadas del peso que las entorpecía y animadas por el ardor de un deseo que, se hace cada vez más ardiente á medida que el alma se aproxima más al trono de Dios, sus alas le llevan con una rapidez mil veces mayor que la de una bala lanzada por el cañon, y esta rapidez va siempre creciendo. Y sin embargo, solo Dios sabe cuando llegará la pobre alma.

en su vuelo lo pesado del polvo de sus alas, se elevó, lentamente al principio, muy lentamente, despues un poco más deprisa, despues con más velocidad aún, describiendo en el espacio infinito una inmensa espiral cuyas curvas innumerables iban estrechándose cada vez más. Ahora, hace siglos que sube: sus alas casi enteramente desembarazadas del peso que las entorpecía y animadas por el ardor de un deseo que, se hace cada vez más ardiente á medida que el alma se aproxima más al trono de Dios, sus alas le llevan con una rapidez mil veces mayor que la de una bala lanzada por el cañon, y esta rapidez va siempre creciendo. Y sin embargo, solo Dios sabe cuando llegará la pobre alma.

III.

UN HOMBRE EN LUGAR DE UNA LIEBRE.

—No digo que lo hayais hecho de expreso, dijo San Pedro. Sé muy bien que no.

Pero, el caso es, que habeis matado á ese hombre.

Habeis dejado viuda á su mujer y huérfanos á sus hijos.

—¿Pero, es falta mía esa, bienaventurado San Pedro? Os lo pregunto. Una liebre pasa á tiro de mi escopeta. Apunto, tiro, y en lugar de la liebre, mato á un pobre diablo que trabajaba detrás del seto de un campo vecino. ¿Qué culpa tengo yo?

Igual desgracia hubiera sucedido á otros muchos y quizá á vos mismo.

—Os agrada creerlo así, dijo San Pedro, porque juzgais á los demás á vuestra semejanza. Pero yo, veo claramente que si la desgracia ha sucedido, es porque habeis sido culpable. Culpable, si, digo bien.

No de intencion, sin duda, sino de omision.

No habeis tomado las precauciones que hubieran evitado esa desgracia.

—Pero para tomarlas, hubiera debido pensar en ello; ¿y cómo reflexionar á la vista de una liebre que huye?

—Efectivamente, contestó el Santo; ¿cómo habiais de reflexionar, acostumbrado como estais á no pensar nunca más que en vos mismo?

Vos, siempre vos, nada más que vos.

Sea para evitaros un trabajo, sea para procuraros un placer, no habeis mirado nunca más que una cosa:

Lo que os convenia.

Tanto peor para los que se encontraban en vuestro camino; no tenian más remedio que retirarse, porque segun eran más fuertes ó más débiles, los haciais andar con los piés ó arrastrando con tal de llegar más seguro y más ligero al objeto que os proponiais.

Con un egoismo como ese, y una indiferencia tan perfecta para todo lo que no era vuestro propio gusto, ¿cómo, en efecto, hubiera podido pensarse cuando la liebre se puso á vuestra vista, que en la direccion de la liebre, podia encontrarse un hombre? Eso, hubiera sido, convengo, un pensamiento penoso y que os hubiera expuesto á errar el tiro.

Y sin embargo, para vuestro castigo, continuó San Pedro, no habeis alcanzado la liebre, pero sí al hombre. Si, para vuestro castigo, porque habeis cometido un homicidio, y esto debe ser espiado.

—¡Cómo! bienaventurado San Pedro. ¿Puede haber un castigo para el que no lo hizo intencionalmente?

—Cuando la causa no es inocente, el efecto no puede ser inocente, respondió el Santo. No habeis matado voluntariamente, es verdad, pero os habeis colocado voluntariamente en camino de hacer todo género de mal al prójimo, por la costumbre que habeis tomado de siempre y en todo hacer vuestra propia voluntad, sin tener nunca en cuenta los intereses de los demás.

Partiendo de un principio tan contra-

rió á la ley de fraternidad que Dios ha dado á los hombres, ¿á quién podeis acudir?

Mil veces habeis herido gravemente á vuestros semejantes.

Habeis concluido por matar á un hombre.

Imprudencia, sea, pero imprudencia culpable y por la cual sereis castigado.

no á la ley de fraternidad que Dios ha dado á los hombres, ¿á quién podeis acudir? Mil veces habeis herido gravemente á vuestros semejantes.

IV

Habeis concluido por matar á un hombre.

IMPRUDENCIA PONDE SE VE QUE LA HUMILDAD ES POR SU NATURALEZA MAS ACTIVA Y FECUNDA QUE EL ORGULLO.

—Lo confieso, mi bienaventurado juez— aunque la palabra confesar conviene poco aquí—sí, he tenido orgullo; pero no, entendedme bien, no á la manera que esos hombres que desdeñan el aprecio de sus semejantes y se contentan con el aprecio suyo, sin hacer nada por merecerle. No he olvidado, que el orgullo no es legítimo más que cuando está justificado, y el ejemplo de todos los que han realizado grandes cosas, me ha servido de estímulo. Mi vida, sin él, hubiera sido estéril. Si, por el contrario, he hecho una obra notable y he adquirido derechos indiscutibles para el aprecio de otros y para el mio, al orgullo es á quien se lo debo.